

PROBLEMAS RELATIVOS AL ORIGEN DEL HOMBRE EN AMÉRICA

SANTIAGO GENOVÉS

Pocos son los datos que nos pueden aportar los restos óseos en sí. En realidad por un buen número de razones creemos que hay que acercarse a los huesos de nuevo en relación al problema que nos ocupa y realizar nuevas comparaciones. Esto es, los datos que hasta ahora poseemos no nos pueden, desgraciadamente, llevar mucho más allá del terreno de las conjeturas respecto a cuáles fueron las afinidades raciales, razonablemente concretas, de las primeras poblaciones americanas.

En un trabajo recientemente leído en la 33 Reunión de la *American Association of Physical Anthropologists* efectuada en México, se comentaban ocho aspectos que, por no haber sido suficientemente estudiados, o habiendo sido mal enfocados, o debido a desarrollos científicos posteriores, o por otras razones, pensábamos es necesario re-examinar o re-enfocar para poder, si no resolver, al menos sí acercarnos más a la comprensión del problema. Me referiré ahora sólo brevemente a tres de los puntos entonces señalados:

I. *Carencia de estudios comparativos de restos óseos.* Los restos óseos más antiguos que poseemos en América con cronología quizá algo dudosa (Lorenzo, comunicación personal), son los de Tepexpan. Fueron estudiados en 1949 y posteriormente han aparecido algunos pocos trabajos (Heizer y Cook, Genovés, Moss, Giles and Elliot) en los que se examina su cronología absoluta o relativa por una parte y posible sexo, estatura y edad por la otra. Otro ejemplar interesantísimo es el de Midland, al que se le ha dado una edad absoluta ligeramente inferior al anterior, aunque, al parecer, otros datos arqueológicos asociados indican que el yacimiento puede llegar a los 18,500 años. Tenemos los restos de Santa Ma-

ría Astahuacán y los de San Vicente Chicoloapan y el Peñón de los Baños, así como tal vez los de Chinobampo que se encuentran en el Laboratorio Frick en Nueva York y que no han sido nunca estudiados, a los que hay que añadir los de Tehuacán, ya que seis de ellos poseen una antigüedad de entre 9,000 y 7,000 años. Han ido surgiendo otros en Asia (Liukiang, Tzeyang, Ti-Shao-Gou-Wan, Kait'o-Tun Cave, Aichu, Cueva de Niah), amén de los de la Cueva superior de Choukoutien. Que yo sepa sólo existe lo hecho por Neumann (1956) hace ya ocho años en donde se examinan estos últimos a la luz de material paleo-indio.

No hay que caer en un análisis exclusivamente morfológico que posee tantas limitaciones. Pero el material que hemos señalado tiene una cronología bastante bien establecida. Mientras en el Viejo Mundo, por ejemplo, se ha tratado de asociar Mauer a Broken-Hill y éste a Solo, y éste a su vez a los Neandertales clásicos por medio de todo género de estudios comparativos, en América no nos hemos atrevido a hacer con nuestro material algo a veces mucho más consecuente. Es más, poseemos ya algunas series de menor antigüedad pero indudablemente valiosas para el problema que nos ocupa. Me refiero a El Arbolillo, Ticomán, Tlatilco y La Candelaria, así como los materiales más recientes de Tehuacán. De este grupo sólo en La Candelaria apunta Romano (inédito, Ms., 1956) algunos datos conducentes al problema de los orígenes americanos.

2. *Falta de integración de los datos de la antropología física a los de la prehistoria.* La falta de contacto entre antropólogos físicos y prehistoriadores es mucho mayor en problemas del Nuevo Mundo, que en lo relativo a Europa o África. Prehistoriadores, geólogos y antropólogos físicos como Leakey, Oakley, Clark Howell o Dart, por mencionar sólo a unos pocos eminentemente interesados en problemas de la evolución de los primates con cultura y en sus antecedentes, no han aislado sus estudios, sino que han integrado siempre los datos de la prehistoria con la paleontología general o de primates. Creo que difícilmente podemos encontrar hoy paralelos semejantes en lo que a los estudios de los orígenes americanos se refiere.

La prehistoria cuenta en la actualidad con nuevas técnicas, y no cabe duda que "la más nueva antropología" tiene

a su vez también que utilizar —si no aprender— técnicas recientes que la lleven a comprender viejos problemas. Al adentrarnos en estas nuevas técnicas y en su significado, creo que nos hemos desligado aún más de la prehistoria, con los resultados que señalé arriba.

Por ejemplo, mientras Vallois (1946) demostró de manera clara la imposibilidad de que los restos de Chancelade tuviesen relación alguna con los esquimales, Greenman (1963) anota una serie de interesantes paralelismos en el campo de la prehistoria entre el sur-oeste de Europa y América del Norte y que él supone se han efectuado a través del Atlántico septentrional. Así, los trabajos de Cottevieille-Giraudet (1928, 1931 y 1931 a) en que señala una similitud de rasgos entre Cro-Magnon y grupos tales como los Sioux, Hurón, Iroqueses, Cherokees, Lenape, Delaware, etcétera, deberían ser revisados.

Quizá pecho de pesimismo, pero tengo la impresión de que como los restos óseos de cronología válida no van en América más allá de los 10,000 años, los antropólogos físicos olvidamos que tenemos fechas seguras en el campo de la prehistoria de 35,000 años para Texas Street (San Diego, California), de 37,000 para Lewisville (Texas), en Norteamérica, si es que lo de Carter queda definitivamente descartado. De 14,000 a 16,000 años para Muaco en Venezuela, entre otras, y que desde luego los hombres que dejaron esas huellas no fueron los primeros en llegar a nuestro continente. No sería pues descabellado examinar, donde quiera que se hallen, resto extra-americanos que doblen esas antigüedades, estudiando la posibilidad de que, con las alteraciones morfológicas previsibles dentro de un ambiente ecológico valorizable, pudiesen haber dado origen a lo que en América encontramos en forma de restos óseos.

Posiblemente quienes han tratado con mayor frecuencia de acercarse a otros campos extra-biológicos para interpretar los materiales, han sido los investigadores en genética, y principalmente en el campo serológico (Díaz Ungría, Layrisse y Wilbert, Salazar Mallén, Lisker, etcétera). No obstante, casi siempre han tratado sólo de integrar a sus estudios razones lingüísticas y etnológicas que, desafortunadamente, en algún caso han sido fuertemente criticados por lo somero y superficial de las mismas.

3. *Estudios de antropología física limitados casi exclusivamente a cráneo.* Es evidente que las circunstancias han forzado a depender de cráneos que se encuentran con muchísima mayor frecuencia que otras partes óseas. Ahora bien, también dependíamos casi exclusivamente del cráneo para la determinación de edad y sexo en restos óseos, y multitud de trabajos recientes han demostrado el valor de las porciones post-craneales para estos mismos fines. Algunos de los restos del Este de Asia cuentan con porciones post-craneales (Liu-kiang, Cueva superior de Choukoutien, Tzeyang, Ti-Shao-Gou-Wan), así como algunos americanos (Tepexpan, Minnesota, Santa María Astahuacan, el Peñón de los Baños, Tehuacán), y desde luego las series de poblaciones muy posteriores, pero de cierta antigüedad, que poseemos en Mesoamérica (El Arbolillo, Ticomán, La Candelaria y ahora Tehuacán). Estimo, pues, que hemos descuidado la aportación que en algunos casos, aunque desgraciadamente no en todos, pueden proporcionar a este respecto las porciones post-craneales más o menos fragmentadas.

Además de estos tres puntos que se refieren al problema concreto de qué nos pueden decir los restos óseos, se mencionaban entonces otros cinco que se relacionan a los orígenes americanos y son:

1. Excesiva insistencia en una supuesta unidad biológica fundamental de los amerindios.

2. Interpretación no muy clara del tipo de afinidad.

3. Suponer que para la comparación entre restos óseos es necesaria la misma cronología, o presuponer identidad morfológica bien aparente, concordante con similitud cronológica.

4. Admitir conceptos del siglo pasado sobre adaptaciones, cuya validez ha sido posteriormente puesta en tela de juicio.

5. Deducciones más bien erróneas al aplicar patrones extraídos de grupos humanos muy diferentes. Ejemplo: la estatura.

En síntesis, mientras en otros terrenos antropológicos los avances particulares han servido para adelantar en el conocimiento general del problema, en cuanto a América no ha sucedido otro tanto. Así, en Paleoantropología (a la que posiblemente estén más ligados los orígenes americanos) existen en el Viejo Mundo numerosos trabajos específicos que han coadyuvado grandemente a obtener una visión más general

del problema de los orígenes y relaciones entre los homínidos. Por ejemplo, los referentes a: Ternifine y Sidi Abd-er-Rahman, en cuanto a la serie Pitecantropo-Sinantropo; la revalorización de las cronologías de Steinheim y Monte-Carmelo; los hallazgos de Shanidar y Mapa en cuanto a la amplitud del habitat de los Neandertales; la industria osteodontokerática y los pebble-tools con los hallazgos de Zinjanthropus, Pre-Zinjanthropus, Kenyapithecus y Oreopithecus; las observaciones sobre otros primates en medios naturales realizadas por Tappen, Washburn, Schaller, Goodall, Chance, etcétera, íntimamente ligadas a experimentos de estudios de comportamiento (Colbert, Tinbergen, Bates, Harlow, Pittendrigh, etcétera), y de genética en lo que se refiere sobre todo a relaciones intra-primates (Goodman, Klinger, Barnicot, etcétera); al entendimiento de la raza como un concepto evolutivo (Hulse, Hunt, Garn, Hiernaux, Dobzhansky, Washburn, etcétera) y la mejor estimación de la variabilidad y valor diagnóstico de algunas de las características óseas que teníamos por exclusivas de las familias *Pongidae* u *Hominidae* (Schultz); así como de las exigencias y límites de la taxonomía de primates (Simpson, Campbell, Mayr).

En cambio, en América, acerca del problema que aquí nos interesa, se ha progresado comparativamente tanto en lo específico como lo que de manera sucinta hemos señalado en relación a nuestra secuencia filogenética; pero pienso que no hemos avanzado realmente casi nada en la comprensión e interpretación general de los hechos, es decir, en cuanto a nuestros orígenes.

Con excepción de Birdsall (1951), Newman (1951, 1953), Stewart (1960) y Comas (1961) —quien más bien interroga—, desde Lord Kingsborough que gastó muchos años y una fortuna en la publicación de su obra colosal *Antiquities of Mexico* (1831-1848) para probar la teoría de Las Casas sobre el origen judío de los antiguos mexicanos, muchos antropólogos físicos hemos gastado no tanto dinero, pero sí perdido tiempo, en hipótesis casi totalmente especulativas. Creo que ello ha hecho más daño que otra cosa.

¿Qué nos dicen hoy los restos óseos? Por las razones apuntadas la respuesta es la misma que hace 20 años: e. g. que fundamentalmente no difieren de los de las poblaciones geográficamente correspondientes, no mestizadas, actuales y que

debemos buscar básicamente su ascendencia y relaciones entre los grupos mongoloides actuales o ancestrales.

La cronología absoluta de los restos óseos es menor que la de ciertas culturas americanas ya mencionadas, pero ello no nos lleva a establecer comparaciones extra-americanas que orienten sobre las posibles afinidades de los restos óseos en sí.

Así, al referirnos a "afinidades mongoloides" estamos utilizando un concepto impreciso ya que no podemos pensar que por el estrecho de Bering pasasen sólo mongoloides "tipológicamente puros", es decir, la abstracción inexistente de un mongoloide sin ubicación geográfica precisa.

Los llamados mongoloides constituyen un grupo muy amplio que, sin duda, tuvo intercambios genéticos de diversa índole. Así, Sauter (1960) encuentra claras evidencias de influencias mongoloides —muy posteriores, claro está— en poblaciones burgondas de Suiza occidental, y Koski and Garn (1957) en blancos norteamericanos.

¿Qué se puede hacer?

Ya hemos sugerido una serie de pasos aunados a una más amplia interpretación de lo que nos *podrían* decir los huesos integrados a otros datos. Ahora bien, dentro del reexamen imprescindible de los restos hay que tener en cuenta que mientras sus afinidades morfológicas generales dependan de la opinión del investigador, su status permanecerá en el terreno de la controversia.

Necesitamos pues, establecer nuevas comparaciones de dos tipos: a) morfoscópicas, b) métricas.

Al parecer las funciones discriminantes no sirven en rigor para este tipo de problemas, ya que las críticas a Bronowski y Long (1952) estarían justificadas en este caso puesto que existen más de dos alternativas que no son exclusivas. Como tratamos de un solo sistema, el esqueleto, la mayor parte de los procedimientos matemáticos basados en la medición de "distancia" tampoco son aplicables (ver Campbell, 1962, p. 14). Sin asumir conocimientos en estadística, que no poseemos, si cabe no obstante pensar que existen elementos que indican que la función multivariante de Mahalanobis (1930), esto es, D^2 , deberá rendir resultados aceptables ya que analiza la relación entre caracteres continuos, descontando la correlación matemática y funcional entre los mismos y llegando así a una verdadera función que expone la distancia morfoló-

gica a base de características cuantificables entre los individuos o grupos de individuos en cuestión. Una función semejante, A^2 , ha sido propuesta por Defrise-Gussenhoven (1955).

Según Campbell (1962, p. 15) estas técnicas poseen la ventaja de que más allá de un cierto punto la adición de más datos no afecta la exactitud de los resultados, de tal modo que siempre y cuando utilicemos un número suficiente de caracteres quedará anulado el elemento subjetivo natural en la selección de los mismos.

No obstante Huizinga (1962) propone que posiblemente la utilización del *DD* de Czekanowski o del componente principal del *CRL* de Pearson sea tan efectivo como los otros métodos matemáticos más complicados y refinados. Sería este un problema a decidir.

En síntesis: pensamos que un nuevo acercamiento a todos los posibles restos de cierta antigüedad, donde quiera que se encuentren (y no son tantos), con un criterio claro y conciso, es el único camino a seguir y que rendirá frutos, todavía mayores cuanto menos sea la disociación posterior con fines interpretativos que se haga del resto de los datos antropológicos, tanto biológicos como culturales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BIRSELL, J. B.

1951 The problem of the Early peopling of the Americas as viewed from Asia. *The Physical Anthropology of the American Indian*, pp. 1-68. The Viking Fund, Inc. New York.

BRONOWSKI, J., y W. M. LONG.

1952 Statistics of discrimination in anthropology. *Am. J. Phys. Anthropol.*, n. s., vol. 10, núm. 4, pp. 385-94.

CAMPBELL, BERNARD

1962 The systematics of man. *Nature*, 194, No. 4825, pp. 225-232. London.

CARTER, GEORGE F.

1957 *Pleistocene man at San Diego*. Johns Hopkins Press, Baltimore. 400 pp.

COMAS, JUAN

1961 *El Origen del Hombre Americano y la Antropología Física*. Cuadernos del Instituto de Historia. Serie Antropológica. No. 13. México. 53 pp.

COTTEVIEILLE-GIRAUDET, REMY

- 1928 Les races et le peuplement du Nouveau Monde. Comment l'Europe y a participé. *III Session. Institut International d'Anthropologie, Amsterdam 1927*, pp. 268-273. Librairie E. Nourry, Paris.
- 1931 Les Peaux-Rouges dolichocéphales de l'Est américain. Caractères physiques, affinités paléoeuropéennes. *XV Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistorique, Portugal, 1930*, pp. 265-272. Librairie E. Nourry, Paris.
- 1931a Les relations probables de l'Europe et de l'Amérique du Nord à l'âge du Renne. *XV Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistorique, Portugal, 1930*, pp. 318-326. Librairie E. Nourry, Paris.

DEFRISE-GUSSENHOVEN, E.

- 1955 Mesure de divergence A^2 . *Inst. Roy. Sci. Nat. Belgique*, pp. 31-56. Bruxelles.

DE TERRA, HELMUT, JAVIER ROMERO, and T. D. STEWART

- 1949 Tepexpan Man. Viking Fund. *Publications in Anthropology*, No. 11, New York, 160 pp.

GENOVÉS, SANTIAGO

- 1960 Revaluation of Age, Stature and Sex of the Tepexpan Remains. *Am. J. Phys. Anthropol.*, n. s., vol. 18, No. 3, pp. 205-218. Philadelphia.

GILES, EUGENE and ORVILLE ELLIOT

- 1963 Sex Determination by Discriminant Function Analysis of Crania. *Am. J. Phys. Anthropol.*, n. s., vol. 21, No. 1, pp. 53-68. Philadelphia.

GREENMAN, E. F.

- 1963 The Upper Palaeolithic and the New World. *Current Anthropology*, vol. 4, no. 1, pp. 41-66. Chicago.

HEIZER, ROBERT F. and S. F. COOK

- 1959 New evidence of antiquity of Tepexpan and other human remains from the valley of Mexico. *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 15, No. 1, pp. 36-42. Albuquerque.

HUIZINGA, J.

- 1962 From DD to D^2 and back. The quantitative expression of resemblance. *Proceedings of the Koninkl. Nederl. Akademie Van Wetenschappen*. Amsterdam, Series C, 65, No. 4, 12 pp.

- KINGSBOROUGH, EDWARD KING**
 1831-48 *Antiquities of Mexico*. Robert Havell, 9 Vols., H. G. Bohn, Vols. 8 y 9. London.
- KOSKI, KALEVI and STANLEY MARION GARN**
 1957 Tooth Eruption Sequence in Fossil and Modern Man. *Am. J. Phys. Anthrop.*, n. s., vol. 15, No. 4, pp. 469-488.
- MAHALANOBIS, P.**
 1930 On tests and measures of group divergence. *J. Asiatic Soc. Bengal*, No. 26, pp. 541-588.
- MOSS, MELVIN L.**
 1960 A revaluation of the dental status and chronological age of the Tepexpan Man. *Am. J. Phys. Anthrop.*, n. s., vol. 18, núm. 1, pp. 71-72.
- NEUMANN, GEORG, K.**
 1956 The Upper Cave skulls from Choukoutien in the light of Paleo-Amerind material. *Am. J. Phys. Anthrop.*, n. s., vol. 14, p. 380 (Resumen).
- NEWMAN, MARSHALL T.**
 1951 The sequence of indian physical types in South America. En *The Physical Anthropology of the American Indian*, pp. 69-97, New York.
 1953 The Application of Ecological Rules to the Racial Anthropology of the Aboriginal New World. *Amer. Anthrop.*, vol. 55, pp. 311-327. Menasha.
- ROMANO, ARTURO**
 1956 Los restos óseos humanos de la cueva de La Candelaria, Craneología. Tesis, *Manuscrito* en el I.N.A.H., México, 76 pp., 47 Tablas, 12 láminas (Inédito).
- SAUTER, M. R.**
 1960 Caractères dentaires mongoloïdes chez des Burgondes de la Suisse occidentale. (Saint-Prex, Vaud). *Archives des Sciences*, vol. 13, fasc. 4, pp. 387-426. Genève.
- STEWART, T. D.**
 1960 A Physical Anthropologist's view of the Peopling of the New World. *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 16, No. 3, pp. 259-73. Albuquerque.
- VALLOIS, H. V.**
 1946 Nouvelles recherches sur le squelette de Chancelade. *L'Anthrop.*, vol. 50, pp. 165-202. Paris.